

**Antonio Orlando Rodríguez:
un aprendiz de brujo escribe novelas**

Carlos Pintado

¿Por qué se cuenta una historia o para quién se cuenta?

A veces, simplemente por el placer de convertir una historia que apenas intuyes en un cuerpo de palabras, de verla materializada. A veces, para librarse de unos personajes, unos conflictos, unos ambientes o una atmósfera que te acosan. A veces, por puro oficio: para cumplir con un encargo o simplemente para demostrarte que aún posees el don de la prestidigitación literaria. Y también, a veces, para complacer a alguien, para no defraudar a ese lector especial que cree y confía en ti más que tú mismo.

Sé que eres adicto a las bibliotecas. ¿Cuál sería el libro que todavía andas buscando en ese paraíso borgeano?

El *Necromicón*, del árabe loco Abdul Alhazred, ¿cuál si no? Desde que leí el primer cuento de Lovecraft que cayó en mis manos y experimenté lo que era el “miedo literario” en su expresión más pura y elemental, no he perdido la esperanza de dar con él.

En la pasada feria del libro de Miami alguien aseguró –y todavía no habías ganado el Alfaguara 2008– que [Aprendices de brujo](#) era una de las mejores novelas del momento, independientemente de modas y geografías.

Me pareció una opinión muy lisonjera, pero afortunadamente no soy muy dado a creer en los elogios desmedidos.

Muchos te conocen ahora por *Aprendices de brujo* o por el reciente premio Alfaguara a tu novela [Chiquita](#), pero ya en Cuba eras muy conocido por [Striptease](#) y [Querido Drácula](#) –por solo citar algunos– y me consta que se te han aparecido lectores con ejemplares de tus libros publicados en la isla. ¿Qué impresión te causa esto?

Me sorprende comprobar que alguien, pudiéndose haber llevado otros libros al marcharse de su país y dejar su biblioteca atrás, haya echado en su equipaje uno mío. Eso no lo convierte necesariamente en un libro de valor literario excepcional, pero sí en un título que tuvo una especial significación para ese lector en determinado momento de su vida. Eso es un misterio que nunca acabaré de entender, pero que me halaga muchísimo. Tiene un efecto infinitamente mejor y más perdurable que recibir una buena crítica en una revista.

¿Cómo recuerda el novelista que eres hoy el libro *Siffig y el Vramontóno 45-A*?

Con la benevolencia que merece un relato de ciencia ficción escrito, desenfadadamente y sin demasiadas pretensiones, por un jovencito de 14 años. En realidad, se trata más de un ejercicio que de otra cosa. No comprendo cómo un jurado tan prestigioso pudo otorgarle un premio nacional de literatura. Supongo que premiarían más el desenfado y la promesa que el resultado.

Es difícil clasificar tus novelas. *Aprendices de brujo* y *Chiquita* son algo así como "novelas de ficción histórica", en las que mezclas fantasía, aventuras, absurdo, picaresca y suspenso, entre otras cosas. ¿A qué se debe esa locura deleitable?

Supongo que es el tipo de libros que me gusta leer. Me divierten esas estructuras híbridas, burlarme un poco –sanamente– de la literatura de género. Por ejemplo, en los dos libros que mencionas hay episodios que rinden homenaje a la novela detectivesca, a la serie negra, pero sin pretender emular con Poe o con Chandler, porque no tengo la menor aptitud para imaginar un asesinato y, mucho menos, la pesquisa de un investigador.

Una vez, mientras leías un capítulo de la por entonces inédita *Aprendices de brujo*, aseguraste que tu próxima novela no iba a ser tan extensa. Hoy sabemos que *Chiquita* supera a su predecesora en extensión.

En efecto, es algo más extensa, pero confío en que no más aburrida. Simplemente, ese fue el número de páginas que exigió la historia para ser contada. Tengo la conciencia tranquila: eliminé un largo capítulo y podé muchas páginas. Por otra parte, me gustan las novelas largas, que tratan de retenerte varios días en su mundo, tipo *La piedra lunar*, de Wilkie Collins, o *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo*, de Haruki Murakami. No escribo para lectores apurados.

¿Quién es Chiquita?

Un personaje fascinante. Una mujer de 26 pulgadas de estatura, independiente, voluntariosa, sensible, ardiente y con un complejo mundo interior. Quizás también una metáfora sobre la supervivencia de los pequeños (sean seres humanos o naciones) en un mundo regido por los gigantes.

Chiquita puede que haya sido la primera cubana que hace el *crossover* en Estados Unidos.

En realidad, no cabría hablar de *crossover*, pues para lograr el éxito no necesitó usar el inglés en sus espectáculos. Ella cantó siempre, en español, viejas habaneras de Sebastián Yradier como “El chin chin chin” y “La frutera mulata”.

¿Hay celos entre [El rock de la momia](#) y *Chiquita*?

La literatura infantil tiene su momento y la de adultos el suyo. No hay celos, digamos que se trata de un trío muy promiscuo.

En tus historias infantiles hay todo un mundo delicado, sensible, poético, que hace pensar a más de un niño; en cambio, tus novelas y cuentos pueden llegar a sonrojar a más de un adulto.

No tiene nada de extraño. Simplemente, a la hora de escribir dejo salir por turnos al Dr. Jekyll y al Mr. Hyde que casi todos llevamos dentro.

***Aprendices de brujo* parece una historia no incluida en *Las mil y una noches*.**

Yo siempre había deseado que la compararan con un episodio del *Satiricón* o con uno de los cuentos picarescos del *Decamerón*, pero esta asociación que se te ocurre es muy halagüeña.

¿Qué hace bueno a un novelista?

La posibilidad y la capacidad de crear un mundo capaz de atraer a un lector y de conseguir, durante un rato, la suspensión temporal de su incredulidad.

Hay personajes que se dan más fáciles con el autor y otros, en cambio, se resisten a su condición de personajes, te ponen trampas, se escabullen. Pienso, al azar, en cualquiera de los muchos personajes que aparecen en *Aprendices de brujo*. Sabiendo lo complejo de los tuyos, ¿qué puedes decirnos sobre esto?

Me doy cuenta de que los personajes tienen vida propia cuando empiezan a hacer uso de ella; es decir, cuando dicen o hacen cosas que no estaban previstas inicialmente en la trama y que me veo obligado a aceptar, bien sea porque me seducen o porque debo admitir que se corresponden con su psicología. Eso me sucedió con Lucho Belalcázar y con Eleonora Duse, en *Aprendices de brujo*, y también con la protagonista de *Chiquita*. A veces algunos personajes cobran tanta fuerza que deben ser amordazados y confinados. A la pintora Esmeralda Gallego, de *Aprendices de brujo*, tuve que sacarla de la historia al finalizar la primera parte de la novela, para que no siguiera haciendo gala del excesivo protagonismo que, un poco en contra de mi voluntad, había tenido hasta ese momento. Aun así, se las ingenió para reaparecer en los capítulos finales, con una entrada triunfal.

Una pregunta inevitable: ¿Escritores favoritos? ¿Libros?

La lista resultaría interminable, desde Dostoievski y Jane Austen hasta Sándor Marai y Paul Auster. Incluiría, por supuesto, a los cubanos Virgilio Piñera, Eliseo Diego, Dulce María Loynaz,

Reinaldo Arenas. Algunos de mis libros predilectos: *El diablo en el cuerpo*, de Raymond Radiguet; *El maestro y Margarita*, de Mijaíl Bulgákov; *Las puertas del paraíso*, de Jerzy Andrzejewski; *El unicornio* y *Bomarzo*, de Manuel Mujica Lainez... Mientras más títulos agrego, más me vienen a la mente. Dejémoslo ahí, porque este podría ser el cuento de nunca acabar.

Tus historias parecen reinventar un pasado, pero un pasado más fabulado (o fabuloso) que histórico. No sé si estás de acuerdo conmigo.

Me temo que sí. Digamos que busco unas coordenadas históricas lo más estrictas posible y luego lleno ese tiempo y ese espacio con mi imaginación. Como a los buenos mentirosos, me encanta mezclar lo falso y lo real de tal manera que al lector le resulte difícil hacer deslindes.

Hay un personaje femenino tuyo que prefiere soñar despierto porque son sueños –dice ella– que nacen de la razón, no del azar. ¿Con qué sueña Antonio Orlando Rodríguez?

No recuerdo con frecuencia los sueños; en mi memoria tienen más persistencia las pesadillas. Por ejemplo, más de diecisiete años después de vivir fuera de mi país, sigo soñando, cada cierto tiempo, que estoy de nuevo en La Habana y que no tengo modo de escapar de allí. Supongo que el día que en Cuba se produzcan esos cambios significativos que desde hace tanto tiempo se avizoran –y que no tengo muchas esperanzas de ver materializados pronto–, tal vez pueda librarme de esa pesadilla recurrente. ¿O no?

Publicado en la revista virtual *La zorra y el cuervo*, Miami, No. 1, 2008.